

te de las derechas, y por el otro, los asesinatos de nuestros camaradas en todos los pueblos de España.

En tres meses, desde el 29 de octubre, habían caído ya cuatro, y el 9 de febrero mataron por la espalda en Madrid a Matías Montero.

Había como una especie de dolor y de confianza entre todos los camaradas después de aquel asesinato. «Nos han matado a Matías Montero», era lo que se oía decir por todas partes, y aquella información encerraba la voluntad de atacar a nuestros enemigos con las mismas armas con que ellos nos atacaban.

Matías Montero, el estudiante de Medicina, cayó por la revolución. Sabía que lo iban a matar porque se lo habían dicho; pero sabía también que la Falange no podía esconderse ante aquellas amenazas, y murió alegremente en acto de servicio en una mañana llena de sol. Llevaba en el bolsillo un artículo escrito por él para publicarlo en *F. E.*, sobre las flechas de Isabel y Fernando. La reacción que produjo esta muerte dentro y fuera de la Falange fué enorme; puede decirse que desde aquel día empezaron a aumentarse las inscripciones en Falange. Casi todos los compañeros de Matías Montero, procedentes, como él, de la F. U. E., venían a alistarse en nuestras filas. Y al día siguiente, el entierro. Sostenían el cuerpo de aquel camarada los hombros más robustos de seis falangistas, como queriendo dar a entender que de la misma manera sostendrían la fe en la Falange y en nuestra revolución. Después del responso José Antonio, brazo en alto, dijo estas palabras, que encierran en sí toda la voluntad de no olvidar por lo que cayeron nuestros muertos:

«¡Camarada Matías Montero Rodríguez! Gracias por tu ejemplo. Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos niegue el descanso hasta que hayamos sabido ganar para España la cosecha que siembre tu muerte.»

Después de estos asesinatos cometidos por los marxistas venían siempre las represalias preparadas por las milicias de la Falange, con todas

las dificultades y todos los riesgos, pero también con todo el valor y toda la serenidad de los convencidos de que el único camino para la redención de la Patria era ése, y de que no podíamos cruzarnos de brazos ni esperar el apoyo de la justicia, porque todos eran sordos y eran ciegos cuando se trataba de descubrir a los que habían asesinado a nuestros hombres. Por eso la Falange decidió hacer la justicia por su mano.

Pero todos sabemos a costa de qué luchas con la conciencia se tomó esta determinación de las represalias, porque José Antonio quiso demostrar hasta la saciedad que la Falange no mataba a sus enemigos por el hecho de matar, ya que la vida del hombre sólo depende de Dios, sino como defensa para que no asesinaran a más camaradas, en vista de que la justicia de España se negaba a castigar a los culpables. Así y todo, hasta después del sexto o séptimo de nuestros caídos no se hizo la primera represalia; pero ya era una guerra la que se había entablado, y a la guerra había que responder con las armas. Pistolas que se encasquillaban, guardias y policías por todas las esquinas, y, sin embargo, se hacía siempre justicia contra aquellos marxistas que, escudados en la impunidad, asesinaban a los nacionalsindicalistas. Y entonces era cuando empezaba el trajín de la Sección Femenina, siempre dispuesta a buscarles sitio donde se pudieran ocultar los que cumplieron aquel servicio, yendo a los juicios como testigo para quitarle importancia a las acusaciones que se hacían contra los camaradas. Pero no pasaba inadvertida esta actividad de las mujeres para los enemigos de la Falange. El *Mundo Obrero*, periódico comunista que salía todas las noches, indignado por esta actuación de las mujeres nacionalsindicalistas, quería achacar a ellas las represalias cometidas: «El asesinato de Juanita Ríco lo han hecho las mujeres de Falange», decía lleno de odio aquel periódico de los marxistas, y en primera plana venían retratadas las camaradas de la primera hora, a las que se acusaban desde aquel diario de los crímenes más espantosos, pa-